



Pedro Ramos

Tres mil noches con  
Marga



# Tres mil noches con Marga

Pedro  
Ramos

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1441

© Pedro Ramos, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5429-0  
Depósito legal: B. 18.852-2018  
Preimpresión: Toni Clapés  
Impreso por Black Print  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Navidad

Nieve. Todo está cubierto de nieve. M avanza con precaución por una carretera helada y oscura. Hay poco tráfico. El poco tráfico de una mañana de diciembre de 2006 en Fairbanks, Alaska. Ya se ha acostumbrado a las escasas horas de luz. Y al frío. Al principio miraba el termómetro antes de vestirse, pero cuando la temperatura media es de veintiún grados bajo cero, poco importa que suba o baje unos grados. De todas formas, es un frío distinto, seco, que no se te queda en los huesos. M no ha nacido en Fairbanks, Alaska y, como todos los migrantes, no puede evitar comparar. Compara con su domicilio anterior, Madrid, aunque tampoco nació en esa ciudad. Ella nació en el extremo noroeste de la península ibérica, bajo la luz de las ciudades sumergidas.

M contempla la pared de pinos que se levanta al final de la recta de asfalto, interminable nieve, mientras calcula. Tiene que sumar los años de la licenciatura, el doctorado, los que estuvo en el Departamento de Biología Marina y el Instituto Oceanográfico. Hasta que le ofrecieron su empleo actual. Y aquí lleva tres años. Eso lo sabe muy bien. M aparca su coche en la

zona de profesores de la Universidad de Alaska Fairbanks. Se lo piensa unos instantes antes de salir al frío subpolar y recorrer, rápidamente, los trescientos metros que la separan de la entrada principal.

Dentro, no hay casi nadie. Desde que han empezado las vacaciones de Navidad, sólo se cruza con cinco o seis personas. Los bedeles y otros profesores que como ella intentan avanzar en sus proyectos de investigación. Saluda con rapidez a uno de los ordenanzas, mexicano, con el que M ha hablado un par de veces en español, en voz baja, como si fuera un secreto o estuvieran haciendo algo malo. Quiere llegar pronto a su despacho. Hoy tiene que conseguir dibujar las gráficas. Lleva toda la semana postergándolo. Sólo es un programa de ordenador, no tiene que ser tan difícil. Sin ellas, el artículo está incompleto. Son la explicación de su hipótesis, lo primero que todo el mundo mirará.

M abre la puerta de su despacho y no repara en la montaña de papel que lo cubre todo. Hay libros en las estanterías, su lugar natural, pero hay tantos que se amontonan unos sobre otros. Hay libros en el suelo, apilados, en un extraño orden que sólo la persona que los ha dejado ahí es capaz de descifrar. Hay libros en la mesa de reuniones, incluso en las sillas, y fotocopias encuadradas por todos lados. Lo de las fotocopias es nuevo. Son documentos que M no ha podido encontrar editados, y le tuvo que pedir a un becario que buscara en internet. No le gustan los ordenadores y no tiene tiempo de investigar qué es eso de internet. Allan dice que puede encontrarse de todo.

Todo este desorden es invisible para M. Alguna

vez ha sido consciente de ello, como cuando entró la señora de la limpieza y vio su cara de pavor, la precaución con la que intentó quitar el polvo hasta que consiguió convencerla de que podía marcharse, que no hacía falta que volviese, que ella se apañaba. Hoy sólo piensa en terminar el artículo. Avanza por el reducido suelo que queda libre, una senda que la lleva directa a su mesa. Ni siquiera sube el estor que cubre la ventana. También se ha acostumbrado a vivir a la luz mortecina de los fluorescentes que tardan en encenderse. Debido al frío. Esos instantes en los que el parpadeo le advierte de que no todo es causa y efecto, de que existe un umbral para la incertidumbre, un margen de error donde nosotros no podemos hacer nada.

M espera que se encienda el ordenador, que arranque el sistema operativo y poder hacer doble clic en el icono de la hoja de cálculo. Tiene que conseguir representar los resultados en una maldita gráfica. Ha perdido la cuenta de las veces que Allan se ha ofrecido, pero quiere hacerlo ella misma. Desde el principio hasta el fin. Por mucho que le cueste. Forma parte de su investigación y eso es asunto suyo. Él lo sabe. Por eso, cuando esta mañana ha visto a M vestirse como otro día cualquiera, no le ha preguntado dónde se dirigía, se ha limitado a advertirle que la mayoría de los seres humanos han hecho una pausa en su calendario laboral para celebrar la Navidad. Allan ni siquiera se ha sorprendido cuando M le ha contestado que todavía faltan cinco días, como si eso fuera todo lo que tenía que decir. Indiferente ante esta o cualquier otra efeméride. Por supuesto, será Allan quien se encargue de todos los regalos y de cada uno de los ingredientes que faltan por

comprar para la cena. Ella mostrará su sorpresa, sincera, real, y su agradecimiento porque otra vez habrá olvidado lo que sea que se espera de ella en esas circunstancias. Pero M sabe que a Allan eso no le importa. Ha encontrado un hombre que la quiere como es. Un guerrero que ha dejado las armas por las letras, que disfruta cuidando del castillo. Es él quien trata con la mujer que viene dos veces por semana para limpiar la casa, poner la lavadora y planchar. Es él quien cocina. Y hace la compra. Ella friega los cacharros, le encanta esa palabra. ¿Cómo se dirá en inglés? Le ha enseñado, a Allan, cómo se hace un cocido, lo que recordaba, y tiene que reconocer que él lo ha ido perfeccionando. Lo que nunca conseguirá es que coma pulpo. Vaya cara que puso la primera vez que lo vio. M casi salta de alegría cuando lo leyó en la carta de aquel restaurante *español*. Eso decía el cartel. Tendría que haber desconfiado. El nombre del plato era «Pulpo de la gallega». Cuando se lo sirvieron, Allan dijo que él nunca se metería eso en la boca. Menos mal que no llegó a probarlo. Lo peor no era el aspecto. Algunas cosas no pueden exportarse.

M conoció a Allan a principios de 2004, al poco tiempo de llegar a Fairbanks. En un *pub* donde había ido, por destino o por azar, con otros compañeros de la universidad. Él era, eso le dijeron, escritor. Y ella se despidió aquella noche diciéndole que le gustaría que la ayudara con la publicación que estaba a punto de terminar. La escritura los unió como a otros les une la música o el deporte. Todavía hoy, ella le pide algún consejo creativo para sus artículos sobre biodiversidad, organismos transgénicos, equilibrio sostenible y otros términos que han empezado a ponerse de moda,

mientras él escribe libros que casi nadie lee. Con Allan, M siempre ha tenido la sensación (siempre es desde que conoció a Allan) de que están en la misma trinchera: viven como les gusta, haciendo lo que quieren. Sin necesidad de dar explicaciones. Aunque a veces tenga que pelearse con una maldita hoja de cálculo.

El ordenador es antiguo, lento, está sin actualizar. M revisa una tabla con los índices de predación en las poblaciones autóctonas locales cuando suena el teléfono. Todavía tarda unos segundos en darse cuenta de que es el teléfono lo que está sonando. Arrastrada a la realidad, M contempla, por primera vez desde que ha entrado, su despacho. Espera que el sonido cese, convencida de que se trata de un error, de alguien que quiere hablar con otra persona. Es tanta la pereza que le produce, por mínima que sea, una conversación, justo en este momento, que llega a pensar en no responder. Todo el mundo está de vacaciones. No puede ser nada urgente. Es Navidad, ¿no? Bajo unas fotocopias que ya han perdido su significado, el teléfono vuelve a insistir. M descuelga y, desde el otro lado, le llegan sólo unas pocas palabras, suficientes.

—Hola, hija, ¿qué tal estás?

Una frase corta, descuidada, fruto de la poca convicción que otorga la distancia. M cree estar viendo a su madre ahora mismo en el tresillo del salón, recostada sobre el brazo izquierdo, al lado del cual está la mesita con el teléfono. Y esto la hace sonreír. Justo antes de pensar en la diferencia horaria. Diez horas. Calcula, si aquí son las 14.35, en Coruña, las 00.35. No son horas. Y la certeza de que algo no va bien, de que es posible que el fluorescente, esta vez, no encienda.



—Yo bien, mamá, ¿y vosotros?

—También, claro. ¿Cómo íbamos a estar? Tu padre se compró un coche de estos grandes, ¿te lo dije? Para subir a la casa nueva es lo mejor que hay.

M no recuerda cuándo fue la última vez que la llamó su madre, pero ahí están resumidos los últimos... ¿cuatro meses?, ¿eso es lo que llevan sin hablar?, de su vida. Le sorprende esa capacidad inconsciente que tiene su madre de concentrar toda la información relevante en una sola frase y, en la próxima, salirse por la tangente. Sobre todo cuando es algo importante. Lo que provoca que sus conversaciones telefónicas duren una hora mínimo. Hasta la extenuación. M no sabe cómo lo hace, pero su madre siempre tiene algo que contar.

—¿Sabes lo que me dijo tu hermana el otro día?  
—continúa Ana, al otro lado—. Que estaban pensando en vender el piso, que ahora quieren irse a vivir a una casa. Y que ya han estado viendo alguna. Con piscina. Claro que yo le dije que se lo pensarán bien, que ahora todo es muy fácil porque la niña es pequeña, pero pasado mañana, verás, cuando tengan otro, y crezcan. Los hijos lo cambian todo.

—Sí, mamá, supongo. Por cierto, ¿qué hora es allí?

—¿Aquí?

—Sí, ¿dónde va a ser?

—Pues las doce y pico.

—¿De la noche?

—Claro.

Definitivamente, algo no marcha bien. Lo más normal a esa hora sería que sus padres estuvieran viendo la televisión. O en la cama. O las dos cosas.

Pero juntos. Y si estuviesen juntos, su madre no se atrevería a llamarla. Mucho menos a hablar de esa manera.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Verás, hija, tú no te asustes, ¿eh?

Y por la mente de M pasan mil y una posibilidades. Todas capaces de asustarla en mayor o menor medida. Pero hay una sobre todas.

—¿Y papá?

M lleva mucho tiempo sin pronunciar esa palabra. Y su madre no puede evitar cierto temblor en el comienzo de la siguiente frase.

—Pues como siempre, ¿cómo va a estar? Bueno, el otro día fue al médico por unas pruebas... —aunque su madre hace una pausa, M no dice nada—. Le habían encontrado un bulto y, como es tan cabezón, tuvimos que convencerlo de que fuera. No te creas que deja de fumar, ¿eh?

M vuelve a imaginarse a su madre: sentada, mirando hacia el pasillo por el que en cualquier momento podría aparecer su marido, bajando la voz para decir:

—... eso no lo consigue nadie. Pero al final fue. Y parece que el bulto es más grande de lo que parecía.

—Pero no entiendo. ¿Qué pruebas le han hecho?

—Una *bíó* algo.

—¿Biopsia?

—Eso.

—¿Y?

—Que sí.

—¿Que sí qué? ¿Ha dado positivo?

—Eso, que sí.

Ahí está. Son este tipo de frases las encargadas de transmitir las noticias importantes. En la familia Durán García, la distancia más corta entre dos puntos no es una línea recta. M tiene que tragar saliva antes de pronunciar la siguiente palabra.

—¿Cáncer?

Luego hay un silencio prolongado. Tanto que M llega a pensar que se ha cortado la llamada. Pero es sólo que su madre tiene que asimilarlo, encajar un golpe que todavía es mayor de lo que parece, volver donde ella quiere llegar.

—Pero en esta operación seguro que lo consiguen —dice.

—¿En esta operación? ¿Ha habido otra?

Primera noticia. M está segura. Es cierto que muchas veces desconecta de la conversación con su madre. A veces, sólo a veces, cuando se pierde en detalles sobre la decoración de la casa nueva o los cambios que ha hecho su hermano Carlos en la empresa y que nunca funcionan como él querría porque es muy exigente, sobre todo, consigo mismo. Pero si su madre le hubiese contado que iban a operar a su padre, de cáncer, lo recordaría.

—Hace un año y pico. Aquel era de pulmón. Dijeron que todo había ido bien, así que no quise preocuparme.

Y M no puede evitar cierto alivio al constatar que no se lo había dicho.

—Era un bulto pequeño. No vieron este. Y ahora va a ser más complicado. Está en un sitio...

Ana empieza a debilitarse. Lleva todo el día pensando en esta llamada. Ha esperado el momento pre-

ciso, ha reunido la energía necesaria, se ha levantado de la cama —donde estaba viendo la televisión con Miguel— y ha salido en bata al pasillo. Ha cerrado todas las puertas tras de sí, ha calculado el volumen al que podía hablar sin ser escuchada desde la habitación, con ese tono impostado con el que ha mantenido la conversación. Hasta ahora, que empieza a titubear. Está en la parte más difícil. Y necesita el resto de su energía para llegar hasta el final.

—Y había pensado que... no sé si podrías, sólo si puedes, claro. Sé que tienes mucho trabajo y que no es barato. Podría pagarte los billetes, pero sólo si quieres, claro.

Lo ha vuelto a hacer. Lo ha dicho sin decirlo. Ana le ha pedido a M que vuelva sin mencionarlo directamente, a base de dar vueltas en círculo alrededor. Así los últimos nueve años.

—No sé si...

Ahora es M quien necesita tiempo. Un nuevo escenario para el que no estaba preparada. ¿Quién se prepara para algo así? De hecho, todavía no es capaz de definir con claridad la situación. Por muy analítica que sea su mente, hay escenarios que los sentimientos pueden llegar a bloquear. Por mucho que intentemos anteponer lo racional, lo emocional sigue ahí. Siempre está ahí. Aunque su instinto de supervivencia le diga Aléjate, su corazón ejerce una fuerza invisible de atracción entre lo que cree que tiene que hacer y lo que tiene que hacer. Peligro *versus* seguridad. Cristal y huesos. M lucha contra su orgullo, contra algo parecido a la culpa. Son los inocentes quienes siempre cargan con ella.

—¿Cuándo lo operan?

—Todavía no lo sabemos. Los médicos dicen que no hay prisa.

Y eso puede significar dos cosas: que los médicos no tienen prisa porque no es grave o que los médicos no tienen prisa porque no hay solución. En el primero de los casos, Ana no habría hecho esta llamada.

—¿Está muy mal?

No hay respuesta. Al otro lado de la línea, M cree oír un sollozo. Después, se escuchan voces. Sin duda, es él.

—¿Con quién hablas a estas horas?

Para M es fácil imaginarse la escena. La ha vivido muchas veces. Su madre se disculpa, le dice que ahora mismo cuelga, que tenía que decirle algo a Julia. Julia no es ella. Julia es su hermana pequeña, treinta años, pero siempre será la pequeña, casada con Fernando. Julia, la hija que ha sido todo lo que ella no fue.

—Pues espera a mañana. No son horas —vuelve a gritar Miguel. Grita fuerte y claro, como si quisiera que lo escucharan al otro lado—. Y vamos a la cama, que no me puedo dormir.

La frase acaba con una tos. Y luego otra. Seca y profunda, de caverna rota.

—Ahora mismo voy —dice Ana.

—He dicho que ahora.

Y empieza a caminar, de regreso, hacia la habitación. Sin esperar a que su esposa cuelgue el teléfono. Seguro de que lo hará en cuanto termine de lanzar el mensaje cifrado.

—Bueno, hija, mañana hablamos. Tú haz lo que

veas. A mí me encantaría. Por el dinero que no sea, que las Navidades son para estar en familia y mejor todos juntos, claro que sí. Con lo que sea, tú me dices.

M, a más de siete mil quinientos kilómetros de distancia, escucha cómo su madre cuelga. Permanece unos segundos todavía en la misma postura, con el teléfono en el aire, reflexionando. Debería haber hecho caso a Allan y no venir a trabajar. Esta llamada nunca habría sucedido. Su madre no tiene el teléfono de casa. M está mucho más tiempo en el despacho. Y, con la diferencia horaria, es más fácil que la localice aquí. Además, si llamase a su casa, podría descolgar otra persona. Y ella no quiere eso. Ahora mismo no sabe qué decisión tomará, pero de una cosa está segura: si vuelve, lo hará sola. Nadie la acompañará. Es ella, primero, quien tiene que enfrentarse a su pasado. Sola, insiste.

Pero ahora mismo no tiene fuerzas para decidir si quiere volver.

M apaga el ordenador, vuelve a guardar el borrador de su próximo artículo en el bolso y sale del despacho. Su padre va a morir. Pronto. Y de ella depende que pasen las últimas Navidades juntos.

Sigue nevando. Nieva como si no pudiese hacer otra cosa.